

sar por él, aunque con grave riesgo, hasta una mula cargada y éste excede en longitud, pues tiene poco más de 100 varas: ambos son de enormes cuarterones y se hallan en regular estado de conservación.

34.^a—Reservo la contestación de ésta y las siguientes, para cuando tenga datos completos sobre la materia que abrazan, los que procuraré adquirir cuanto antes y remitir oportunamente.

.....



MISCELANEA

Pensamientos

¿Qué es la verdad?

La realidad bien conocida.

¿El amor?

Un sentimiento que nos arrastra á lo que nos atrae, ó á lo que se nos asemeja.

¿La industria?

La aplicación de nuestros conocimientos. La continuación de la creación. El aprovechamiento de las leyes necesarias ó fatales de la naturaleza.

Conocida una verdad por el entendimiento ¿se sigue siempre por la voluntad?

No; en esto puntualmente consiste la prerrogativa llamada libertad. Veo lo mejor y lo apruebo; sigo lo peor, sin embargo. Es la hon-

ra y la desdicha del hombre. Siguiendo invariablemente la verdad, no hay libertad.

La experiencia no se adquiere por la simple acumulación de años, sino por la reflexión de los sucesos.

El hombre (género) es la humanidad que se desarrolla.

La humanidad es el hombre (género) que se perfecciona.

No digamos hemos dejado de sufrir, sino hagamos por no volver á sufrir (1).

¿Qué es lo que forma al poeta? Una ardiente imaginación y una exquisita sensibilidad.

La Presidencia no debe considerarse como una recompensa de estos ó aquellos servicios, sino como magistratura que requiere inteligencia y moralidad.

¿Qué deberá esperar esta pobre República de los hombres ignorantes y abyectos, que predicando nuestra incapacidad de gobernarnos,

1 Epígrafe del *Boletín Oficial* de Monterrey el año de 1855.

pretenden reducirnos al yugo de un amo extraño?

Una triste experiencia ha hecho ver ya que no es una sola la persona que nuestra República crea que, para guarecerse de la tempestad, conviene, durante ella, destruir el único albergue que se tenga, y esto porque tal albergue no ofrezca toda la comodidad apetecible.

Manía antigua es de la pobre México destruir los medios con que se propone conseguir un objeto y reemplazarlos con otros iguales ó peores, en vez de perfeccionarlos, siempre que estos medios no le producen instantáneamente el fin apetecido. Comienza, sin embargo, á formarse sobre esto, en toda la República, un recto sentido, que va haciendo justicia de toda las drogas con que el charlatanismo político le promete curarla; y sobre esto sí puede decirse que se ha formado casi una mayoría de gentes sensatas.

La convencional soberanía de los Estados no ha sido comprendida por muchos que, con más ambición de independencia que poder real para sostenerla, han juzgádose en algu-

nos ensueños el todo, cuando respecto de la nacionalidad no son sino la parte.

Sin negar que en las dos administraciones que han seguido á nuestra guerra con el Norte se han cometido muy graves faltas, sostendré siempre que no son las vías de hecho las que mejorarán nuestra situación, y que una vez vueltos á la fatal senda de los motines y al argumento de las bayonetas, México caerá en la servidumbre extranjera á fuerza de debilitarse y corromperse.

Reflexiones sobre la tolerancia

Las personas sinceras y serias de todas las religiones pretenden que la suya es la buena, puesto que en ella han visto vivir y morir honrada y piadosamente á los más respetables de entre sus mayores.

¿Son, pues, buenas todas las religiones? Rigurosamente sí, por lo menos en lo que concierne á la vida social, puesto que todas han conseguido más ó menos, hacer hombres de bien en todos tiempos y en todos los países.

Si por religión se entiende el lazo que une al hombre con Dios y con los otros hombres, la palabra tolerancia es un despropósito de los señores teólogos, porque sólo se tolera lo malo y en el sentido de *lazo de amor entre*

Dios y los hombres, ninguna religión puede ser mala, porque amar á Dios no lo es.

Siempre se han fundado todas en la moral y ya ninguna manda sacrificios humanos ni otros perjuicios de tercero. La cuestión, pues, de tolerancia debía ponerse en estos términos:

¿Se puede tolerar que el hombre ame á Dios y á sus semejantes?

Desde luego se conoce lo que tiene de absurda semejante duda; y esto aun cuando la pregunta se contraiga más con todos sus pormenores, como si se dijese: ¿Se puede tolerar que el hombre ame á Dios y á sus semejantes, del modo que él lo entienda y sin perjuicio de tercero? Semejante pregunta sería una verdadera falta de respeto para el sentido común de aquel á quien se hiciese.

Así, pues, la palabra tolerancia debe relegarse á las escuelas para que sólo sirva á los desahogos de la maligna gente de bonete; pero entre personas benévolas que realmente amen al prójimo, la cuestión genuina es esta:

¿Tiene el hombre derecho para amar á Dios y á sus semejantes del modo que le dicte su conciencia? Y puesta así y eliminadas de ese modo todas las argucias de la escuela, la cuestión es simple y la respuesta fácil con sólo ocurrir al sentido común.

En efecto, si el hombre ha de adorar á Dios, no tiene más posibilidad de hacerlo que adorándolo del modo que él lo entienda. No hay una sola acción de su vida en que no tenga la necesidad de obrar con esa misma guía, su modo de entender; y sería necesario darle una nueva organización para encontrar otro modo de hacerlo conducirse. Esto es claro y notorio por sí mismo; pero á fin de que se desvanezca toda duda, se puede considerar que si el hombre ha de obrar y no hubiera de hacerlo guiándose por sí mismo, tendría que llamar á otro en su auxilio para cada acción; pero como este otro también era hombre, y por lo mismo tampoco podía tener en sí el resorte de acción, necesitaría de un tercero, en quien por la misma nulidad se tendría que apelar á un cuarto, procediendo así al infinito hasta salir de la especie humana y encontrar otra raza de seres que se bastase á sí misma y pudiese bastar á los que le fuesen inferiores.

Pero si la humanidad tuviera que atenerse al descubrimiento de otra tal raza, la historia sería inexplicable, como lo sería también la experiencia diaria que desmiente la teoría de tal suposición.

Los sacerdotes de todas las religiones han pretendido que son ese ser privilegiado que tiene

en sí mismo el resorte de acción y que por él puede conducirse y conducir á los otros hombres.

«Yo, dicen, que conozco la secreta voluntad de Dios, que estoy inspirado directamente por él y que lo represento en la tierra, puedo dirigirme á mí mismo y dirigir á los demás: sólo yo tengo ciencia y conciencia: sólo yo sé lo que debe hacerse y lo que debe omitirse.» Concedida tal pretensión, deben examinarse dos resultados:

El primero: que cada hombre tendría necesidad de un sacerdote que asiduamente lo acompañase como su cabeza, á fin de que en todas y cada una de las circunstancias de la vida pudiese indicarle lo que debía hacer.

Segundo: que aun suponiendo posible tales perpetuas compañía y dirección, se vendría siempre á caer en la necesidad de reconocer el derecho que cada hombre tiene de adorar á Dios como él lo entienda. Para comprender fácilmente esta deducción, basta suprimir hipotéticamente al resto del género humano y dejar en pie á solos sus sacerdotes. Si estos señores procedieran de buena fe, en este caso todos se reconocerían recíprocamente el derecho de obrar conforme á su conciencia, y por

lo mismo el de adorar á Dios como cada uno lo entiendese.

En una palabra: Nadie puede hacer cosa alguna de un modo que no entienda, ó de modo que sólo otro entienda:

Ninguna persona intolerante se atrevería á decir la especie de blasfemia ó contrasentido que sin embargo resulta formulando su conducta. Por ella parece que dicen á Dios, no pudiendo negar el hecho incontestable de que Dios tolera todas las religiones, ó mejor dicho, de que Dios deja que cada hombre le adore y ame á sus semejantes del modo que él (cada hombre) lo entiende, parece, en efecto, que con su conducta le dicen: «Si tú apruebas de hecho todas las religiones, consiste en que no sabes lo que haces; pero nosotros, que lo entendemos por principios, no podemos consentir tal sandez.”

Es, sin embargo, el amor á todos los hombres uno de los dos únicos fundamentos de todas las religiones, y tal amor acaba en donde comienzan ó la persecución ó el desprecio, ó la simple distinción entre áprobos y réprobos. Este amor á todos, según el expreso mandato de Jesucristo, debe extenderse hasta los enemigos. Y nótese que al inculcar Jesucristo este máxima á sus discípulos, fué cuando úni-

caamente se jactó de enseñarles un precepto nuevo: «Amad á vuestros enemigos.»

Las personas, pues, intolerantes, no sólo niegan y contradicen el hecho constante de la, como ellos llaman, *tolerancia* de Dios, sino que pretenden derogar un mandato expreso del Cristo, pues en efecto si dijo hasta *enemigos*, con más razón se debe entender que comprendió á los *disidentes*.

Los hombres, bajo la consideración sola de su conducta, no pueden clasificarse sino en las cuatro categorías que resultan de la división y subdivisión siguientes: O creen ó no creen y en ambos casos obran ó no, conforme á la moral. Parece así, que no puede haber sino las bases siguientes:

- 1.^a Los hombres que creen y obran conforme á la moral.
- 2.^a Los hombres que creen y obran conforme á su pasión.
- 3.^a Los hombres que no creen y obran á su antojo.
- 4.^a Los que no creen y obran conforme á la moral.

Aunque los hombres de esta última clase se aumentan cada día, son todavía tan pocos, tan excesivamente pocos respecto de la humanidad, que no deben contarse. La clase primera

es la más respetada, y con justo título, de todas las clases. La segunda y tercera son las menos estimadas y estimables, porque para la sociedad civil lo que importa es la conducta, no la creencia. Por eso los países intolerantes incurren en el más pernicioso de todos los errores, puesto que en punto á extranjeros sólo admiten en su seno á las personas inmorales y desechan á la parte más selecta y mejor morijerada de toda la humanidad.

Parece así, que tácitamente dicen á ésta: *Envía á nuestro seno todos los bribones que tengas, con tal de que aparenten seguir nuestro culto; pero á ninguno de tus miembros para quienes el adorar á Dios y rendirle un culto sea una cosa seria y de la que crean que no deben prescindir: con ellos no quiero ni el trato ni el comercio que se ocasionan la vecindad, por que son los mejores de los hombres y temo volverme yo bueno con su ejemplo.*

Los teólogos dicen que ser tolerantes sería lo mismo que renunciar al conocimiento de la verdad: que sobre esta proposición: tres y dos son cinco, no ha habido ni puede haber tolerancia de opiniones; pero se distraen voluntariamente de la cuestión; ella es de corazón y ellos quieren volverla de entendimiento. Se les

dice *amad* y ellos contestan: *es falso*. No es el modo de adorar á Dios el único punto sobre que se halla en desacuerdo la misera humanidad. No hay ciencia de observación ni de reflexión en que no se les encuentre tan difíciles, que no se pueda sostener el pro y el contra con poderosas razones y grandes probabilidades de acierto.

¿Por qué para con todos los errores inofensivos hemos de mostrar indulgencia, y ninguna se ha de tener para con el de adorar á Dios de diverso modo que del que creemos bueno? ¿Por qué la reprobación en las doctrinas ha de cambiarse en odio á las personas? Ni puede decirse que tal odio debe conservarse como engendrado por el involuntario horror que se tiene á ciertos abusos y aun preceptos antihumanitarios que todas las religiones presentan más ó menos, como las presentan todos los sistemas políticos, económicos, médicos, etc. No. El amor á toda la humanidad es la primera de nuestras obligaciones sociales; y la religión, cuya esencia consiste en el amor, no debe inducirnos á odiar en su nombre. «Amad los unos á los otros». «Amad á vuestros enemigos.»

En todo lo expuesto se ha venido recomendando la tolerancia al que se ha supuesto po-

seía la verdad: con más razón, pues, debe ser tolerante el que se halle en el error.

Pero ¿quién es el dueño exclusivo de la verdad? ¿quién es el que está sumergido en el error? Para la práctica de la vida, la solución de tal cuestión es por ahora imposible; sea cual fuere la verdad absoluta de cualquiera de las religiones.

Hace cuatro mil años que uno de los más eminentes legisladores de la humanidad infundió á los israelitas, con el dogma de un Dios, fórmulas religiosas que aún conservan. Hace casi otros tantos que Brahma y Budha establecieron otras creencias que se conservan y progresan. Hace mil ochocientos años que los discípulos del Crucificado fundaron otra creencia; que no se limita á una sola raza, porque es esencialmente conquistadora por la predicación. Hace mil doscientos años que otra que también conquistaba con la palabra y con el alfanje, inspira aún hoy que ya se la creía muerta, grande entusiasmo á sus fieles. Y cuando se ve que después de tantos siglos ninguna ha podido reunir á toda la humanidad en una sola creencia, y cuando se ignora los siglos de siglos que tendrán que transcurrir aun antes de llegar á tan apetecido resultado, ¿no debemos comenzar á prepararla por el amor que tan-

to domina á los otros sentimientos, por la benevolencia que tanto predispone en favor de quien la tiene?

Amaos los unos á los otros y llegareis, más brevemente que con disputas y pretensiones de mayor ciencia y de mayor virtud, á la fusión de toda la humanidad en una familia; de todas las disensiones en una creencia, de todas las leyes en una moral; de todas las rivalidades en una fraternidad; de todas las relaciones en la vivificante del amor.

Poesías (1)

EN LA SENTIDA MUERTE DE MI AMADA

Sueño eterno es la muerte;
Y la vida, fugaz sombra que corre veloz,
Un meteoro que luce un instante
Apagando su brillo precoz.
Todo acaba en el mundo engañoso,
Es efímero todo, mortal;

(1) A título de pura curiosidad publicamos estas tres composiciones poéticas del Sr. Ocampo. La primera es una improvisación hecha en una tertulia, después de cantada una canción del mismo encabezado, que comenzaba así:

«Todo acaba, todo muere,
Nada en el mundo es eterno,
Sólo mi pena, mi infierno,
Nunca acaba; nunca, no.»

El Sr. Ocampo dijo al que la cantaba:— Muy bien lo ha-

Concluyó tu existencia preciosa
Y el adiós pronunciaste eternal.

Mas no creas que el sepulero consuma
Lo que forma tu sér celestial;
Como el cisne yo haré que renazcas
Superando al destino fatal.

Como pudo de Laura el Petrarca
Al sepulero la presa arrancar,
Mi pasión te dará nueva vida,
Mi pasión sabrá hacerte inmortal.

EL DESTIERRO

Ya me voy, pues me lleva el destino,
Como la hoja que el viento arrebata,
De una patria, aunque á varios ingrata,
Bien querida de mi corazón.

Ya me voy á una tierra distante,
A un lugar donde nadie me espera,
Donde no sentirán que me muera
Ni tampoco por mí llorarán.

ce vd. : la melodía es muy grata; pero el verso muy desatinado. Este inocente poeta se ha declarado un semi-dios, pues para que jamás se extinga su pena, necesita ser inmortal. Bien es que en la retórica y en la poesía tiene que apartarse la lógica para dar cabida al sentimiento, á la imaginación y al ideal.

Y el Sr. Ocampo, instado á que hiciera otros versos sobre el mismo tema, improvisó estos á que nos referimos.
(NOTA DE A. P.)

¡Ay! qué grata, qué dulce es la creencia:
Que á este mundo sigue otro más puro,
A lo menos está uno seguro
Al ausente volverlo á encontrar.

De la muerte es imagen la ausencia,
Pues separa los seres unidos

.....
.....

SOLO TÚ

Sólo tú infundirme puedes
El aliento de la vida,
Mi alma doquier combatida
Yerta se hallaría sin tí.

Sólo tu amor consolarme puede,
Contra la impía suerte,
Tú disputas á la muerte
La presa que hizo ya en mí.

